

En el filo del tiempo

No sé si fue el ladrido de un coyote, o acaso el viento que se metía por algún orificio de la pared de adobe, lo que me hizo volver en mí misma. La claridad era deslumbrante y la luna hacía brillar todo, sin embargo, no había ninguna estrella. La sed era aterradora. Las paredes se torcían y se arremolinaban, y el techo se abría para dejar a esa colosal esfera menguante. ¿O es que era el Sol?

Como si se tratara de un destello, pasó frente a mí una idea aterradora, un pensamiento demasiado complejo para comprenderlo. Palabra por palabra me atrapó sin dejarme ni siquiera entender, me hipnotizó y el corazón, como si fuera posible, comenzó a ulular.

Vi a un camello que pasaba detrás de aquel extraño brillo con una correa en la boca y a un hombre detrás atado por el cuello y no pude más que reír. La risa parecía volar contra las paredes como una especie de kamikaze, rebotando y volviéndose extrañamente masculina. La sensación de escuchar mi risa distorsionada no me hizo tener tanto miedo como el hecho de no haberla escuchado hasta el momento en el que chocó contra las paredes.

Como si fuera posible, había una discontinuidad del tiempo y pensé que podría caber yo misma dentro de ella y lo intenté. Entonces reí nuevamente y antes de que me viniera el rebote, volví a reír y lo volví a hacer hasta que la distancia entre mi risa femenina y masculina se solaparon contra la pared, se quedaron calladas y me sentí eterna, sobria, frugal.

Tuve un segundo de claridad; vi mi Mustang rojo en llamas y a mí misma en llamas, como lo estaba todo. No era un paisaje dantesco, era el mismo parco paisaje de la carretera de desierto que una y otra vez había visto, pero en esta ocasión, envuelto en lenguas naranjas sulfurosas separadas del calor, extendiéndose hacia el infinito. Un hombre azul, sin mover más que los dedos, me quitaba las espinas que tenía en la boca con mucho cuidado pero sin importarle mi dolor, si es que lo sentía. Parecía ahorrar cada ápice de energía, cada movimiento era el menor y su respiración era increíblemente lenta y armoniosa. Tenía los ojos entreabiertos y cantaba monótonamente como si estuviera siguiendo algún rito. Intenté acercarme a él y el hombre azul abrió los ojos y yo aparté los míos con la velocidad del rayo. Sentí un crujir en el cuello como si me lo hubiera roto. El hombre me levantó del suelo y poniendo sus manos en mi nuca, logró calmar el dolor. Después de un largo instante, al quitarme la última espina, sentí que mi boca se llenaba de agua y comencé a tragarla con desesperación atragantándome una y otra vez. De la nada salía agua y al fin pude beberla, roja como la sangre, dulce y a la vez fresca, era intensidad e instante; la vista se nubló y deseé, en una felicidad que explotaba de mi plexo solar, estar al otro lado de la colina.

En el momento de querer estar en ese lugar ya estaba en él y desde allí (¿o desde aquí?) sentí un sonido desde el primer lugar hacia el otro punto, desde mi interior hacia mi exterior y juzgué estar en dos partes al mismo tiempo y me sentí capaz de desdoblarme y, así, un vacío que jamás había observado se llenó con la ubicuidad.

Pensé en estar cerca del Mustang y bajo el arbusto y sobre la colina y donde se acababa la ruta y, desde todos esos lugares me veía y me sentía ir y venir y el sonido del

movimiento rasgando el tiempo. Entonces pensé que si acaso me reía y me concentraba en estar antes de la pared a lo mejor podría escuchar mi risa femenina antes de que se volviera masculina. Sin siquiera darme cuenta o comprenderlo, me metí en el filo del tiempo y de la distancia pero ya no me pude ver ni tampoco sentir nada, ni esperar un allí, un aquí, un antes o un después. Todo desapareció de mi vista aun cuando podía ver, me sentía más que sola, única, completa, sin remiendos, y lloré de felicidad.

De pronto, comencé a ver unas imágenes dentro de mi campo visual, una figura conocida. Era el hombre azul que se multiplicaba (a lo mejor como lo había hecho yo) y luego lo escuché reír de las dos formas y parpadeó como si una imagen bidimensional fuera tomando una forma tridimensional por el mero hecho de solaparse una rodaja tras otra. Me embistió y sentí que me quitaba la vida pero seguía de pie y me vi mil veces mirándome como moría y me volvió a embestir y vi como yo misma desaparecía una y otra vez y me sentí mortal y vulnerable. Por fin, dio su último golpe y me vi bajo un arbusto, sangrando tras haber comido un cactus (por la desesperación que me había provocado la sed) con espinas y, seguramente, con grandes cantidades de alcaloides.

Esteban G. Moya

Taller de Introducción a la Narrativa por Alexis Ravelo (20.06.2012)